

Núm. Clas. 334
 Núm. Autor K93a
 Núm. Adg. 21614
 Procedencia -8-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó 7c
 Catalogó 7c



FONDO
 RICARDO COVARRUBIAS

AM131
 K7

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imprenta B. BAUZA.—Aribau, 175 a 179.—BARCELONA

INTRODUCCIÓN

Durante uno de los viajes que en mi juventud hube de hacer a través de la Manchuria y de la Siberia, me llamaron poderosamente la atención dos aspectos de la vida animal. Veía de una parte la extraordinaria lucha por la existencia que tienen que sostener en estas regiones la mayor parte de las especies animales contra una Naturaleza inclemente; el aniquilamiento periódico de un número enorme de existencias, debido a causas naturales, y, consiguientemente, una pobreza de la vida sobre todo el vasto territorio que tuve ocasión de observar. De otra parte, aun en aquellos lugares donde la vida animal abundaba, no pude hallar—a pesar de mi deseo de reconocerla—esta lucha encarnizada por los medios de existencia *entre animales de la misma especie*, que la mayor parte de darwinistas (aunque no siempre el mismo Darwin) consideraban como la característica principal de la lucha por la vida y el principal factor de la evolución.

Los furiosos temporales de nieve que en el Norte de Eurasia se desencadenan al final del invierno; las heladas que cada año se reproducen a mediados de Mayo, cuando las plantas y los seres todos de la Naturaleza despiertan a la vida con nuevo vigor y savia nueva; las abundantes nevadas en los meses de Julio y de Agosto, destruyendo por miríadas los insectos, así como las segundas nidadas de los pájaros en las praderas; las lluvias torrenciales, debidas a los monzones, que caen en las regiones más templadas en Agosto y Septiembre, ocasionando en las tierras bajas inmensas inundaciones y transformando las mesetas, tan vastas como Estados europeos, en pantanos y en barrancos; en fin, las grandes caídas de nieve al principio de Octubre, que vuelven un territorio tan grande como Francia y Alemania impracticable a

los rumiantes y los destruyen a millares: he aquí las condiciones en que vi se debatía la vida animal en el Asia septentrional. Todo esto me hizo comprender en un principio la importancia primordial en la Naturaleza de lo que Darwin describía como «los obstáculos naturales a la surmultiplicación», en comparación de la lucha por los medios de existencia entre individuos de una misma especie, que se encuentra en ciertas circunstancias determinadas, pero que está muy lejos de tener el mismo alcance. La rareza de la vida, la despoblación—no la surpoblación,—es el rasgo distintivo de esta inmensa parte del globo que llamamos Asia septentrional, y desde entonces concebí serias dudas (y mis estudios posteriores no han hecho más que confirmarlas) respecto a la realidad de esta terrible competencia por el alimento y por la vida en el seno de cada especie, artículo de fe para la mayor parte de los darwinistas. Así llegué a poner en duda el papel dominante que se atribuye a este género de competencia en la evolución de las nuevas especies.

Por otra parte, donde quiera que hallé la vida animal en su apogeo; en los lagos, por ejemplo, donde miles y miles de individuos de diversas especies se reúnen y mancomunan para alimentar a su prole; en las colonias de roedores, en las emigraciones de pájaros que tuvieron lugar en aquella época a lo largo del Ussuri en proporciones verdaderamente «americanas», y particularmente en una emigración de corzos de que fui testigo y donde ví unas veintenas de miles de estos inteligentes animales viniendo de un territorio inmenso donde vivían diseminados, huyendo de las grandes tempestades de nieve y reuniéndose para atravesar el Amur en el punto más estrecho; en todas estas escenas de la vida animal que se desarrollaban ante mis ojos, ví la ayuda recíproca y el apoyo mutuo practicados en proporciones que me hicieron pensar que se trataba de un rasgo de la más alta importancia para el mantenimiento de la vida, para la conservación de cada especie y para su evolución ulterior.

En resumen; observé que los indómitos caballos de la Transbaikalia, los rumiantes más ariscos, las inquietas

y desconfiadas ardillas, los animales en fin, de toda especie, cuando tienen que luchar contra la escasez de víveres, a consecuencia de una de las causas que acabo de mencionar, todos los individuos de la especie que han sufrido de la calamidad salen de la prueba de tal modo desmejorados en vigor y en salud, que *ninguna evolución de la especie podría fundarse sobre estos períodos de ruda competencia.*

De igual manera, cuando mi atención se detuvo más tarde, en las relaciones entre la sociología y el darwinismo, no pude en modo alguno hallarme de acuerdo con ninguna de estas obras que sobre tan importante tema fueron escritas. Todas esfuézanse por probar que el hombre, gracias a su elevada inteligencia y a sus conocimientos, *podría* moderar el rigor de la lucha por la vida entre los hombres; pero sostienen asimismo que la lucha por los medios de existencia de todo animal contra sus congéneres y de todo hombre contra todos los demás hombres, es «una ley de la Naturaleza». No podía aceptar esta opinión porque estaba persuadido de que admitir una guerra despiadada por la vida en el seno de cada especie y ver en esta guerra una condición de progreso, era anticipar una afirmación no tan sólo sin prueba alguna a su favor, sino que ni siquiera tenía el apoyo de la observación directa.

Al contrario, una conferencia «Sobre la ley del apoyo mutuo» que dió en un congreso de naturalistas rusos, en Enero de 1880, el profesor Kessler, zoólogo bien conocido (entonces decano de la Universidad de San Petersburgo), llamóme grandemente la atención, arrojando intensa luz sobre este tema. La idea de Kessler era que, al lado de la *ley de la Lucha recíproca*, hay en la Naturaleza la *ley de la Ayuda recíproca*, que es mucho más importante para el éxito de la lucha por la vida, y, sobre todo, para la evolución progresiva de las especies. Esta hipótesis, que en realidad no era más que el desarrollo de las ideas expresadas por el mismo Darwin en *Ance Descent of Man* me pareció tan justa y de tanta importancia, que desde que tuve de ella conocimiento (en 1883) principié a reunir documentos para desarrollarla. Kessler no hizo más que

indicarla brevemente en su conferencia; su muerte (en 1881) le impidió, seguramente, insistir sobre el particular.

En un punto solamente, discrepa mi opinión, del parecer de Kessler. Veía este en «los sentimientos de familia» y en el cuidado de la progenitura (véase, más lejos, capítulo I) la fuente de las inclinaciones mutuas de los animales. Pero determinar hasta qué punto estos dos sentimientos han contribuido a la evolución de los instintos sociales y hasta qué punto otros sentimientos han obrado en la misma dirección, me parece una cuestión distinta y muy compleja que aún no podemos discutir. Únicamente después que hayamos establecido bien los hechos de apoyo mutuo en las diferentes clases de animales y su importancia para la evolución, podremos estudiar lo que pertenece en la evolución de los sentimientos sociales a los sentimientos de familia y lo que pertenece a la sociabilidad propiamente dicha, la que ciertamente tiene su origen en los más bajos grados de la evolución del mundo animal, hasta, tal vez, en las «colonias animales». Por esto me apliqué en establecer primeramente y sobre todo la importancia del factor apoyo mutuo en la evolución, reservando para investigaciones ulteriores el origen del instinto de apoyo mutuo en la Naturaleza.

No escapó a la clarividencia del naturalista Goethe, la importancia del factor *apoyo mutuo*, «si tan solo se pudiera demostrar su generalidad.» Cuando un día Eckermann dijo a Goethe—era en 1827—que dos implumes rezuelos escapados del nido habían sido hallados al siguiente día en un nido de cuellorojos (Rothkehlchen), que les alimentaban al mismo tiempo que a sus propios pequeñuelos, el interés de Goethe despertóse con este relato, viendo en él una confirmación de sus concepciones panteístas, y dijo: «Si fuese verdad que este hecho de criar a un extranjero se hallare en toda la Naturaleza y tuviere el carácter de una ley general, quedarían resueltos muchos enigmas.» Volvió sobre este tema al día siguiente y rogó con insistencia a Eckermann, (que, como es sabido, era zoólogo) que hiciera un estudio especial, agregando que de él podría descubrir «consecuen-

cias de un valor inestimable». *Gespräche*, edición de 1848, vol. III, págs. 219-221.) Desgraciadamente este estudio no se hizo nunca, aunque es muy posible que Brehm, que en sus trabajos ha acumulado tantos preciosos documentos relativos al apoyo mutuo entre los animales, haya podido inspirarse en la observación de Goethe.

Importantes y variadas fueron las obras que en los años 1872-1886 se publicaron, dedicadas a tratar extensamente la vida mental y la inteligencia de los animales (quedan citadas en una nota del capítulo I) y tres de ellas se refieren más particularmente al tema que nos ocupa y son: *Les sociétés animales*, de Espinas (París, 1877), *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*, conferencia por J. L. Lanessan (Abril, 1881) y el libro de Luis Büchner, *Liebe und Liebes-Leben in der Thierwelt*, cuya primera edición apareció en 1870 y una segunda en 1885, muy aumentada. Todos estos libros son excelentes, pero queda aún espacio para una obra en la que el apoyo mutuo sea considerado, no únicamente como un argumento en favor del origen prehumano de los instintos morales, sino asimismo como una ley de la Naturaleza y un factor de la evolución. Espinas consagró toda su atención sobre estas sociedades animales (hormigas y abejas) que descansan sobre una división fisiológica del trabajo, y por más que su libro esté lleno de ingeniosas sugerencias de todo género, fué escrito en una época en que la evolución de las sociedades humanas no podía ser estudiada con los conocimientos que poseemos actualmente. La conferencia de Lanessan es mejor una brillante exposición del plan general de una obra sobre el apoyo mutuo, comenzando por los peñascos del mar y pasando revista al mundo de las plantas, de los animales y de los hombres. Tocante a la obra de Büchner, por fértil que sea en ideas y a pesar de su riqueza de hechos, no puedo aceptar su pensamiento dominante. El libro comienza con un himno al amor, y casi todos los ejemplos están escogidos con la intención de probar la existencia del amor y de la simpatía entre los animales. Pero reducir la sociabilidad animal al amor y a la simpa

tía, significa asimismo reducir su generalidad y su importancia; del mismo modo, basar la moral humana únicamente en el amor y en la simpatía personal, es restringir el sentido del sentimiento moral en su conjunto. No es el amor a mi vecino—que a menudo ni siquiera conozco—lo que me lleva a coger un cubo de agua para atajar el incendio de su morada; es un sentimiento más amplio aunque más vago: un instinto de solidaridad y de sociabilidad humana. Lo mismo ocurre en los animales. No es el amor ni la simpatía (en el estricto sentido de la palabra) lo que impulsa a un rebaño de rumiantes o de caballos a formar un círculo para resistir un ataque de lobos: ni el amor quien empuja a los lobos a juntarse en bandadas para cazar; ni tampoco es el amor quien impulsa a los gatitos y corderillos a jugar juntos, o en otoño a que vivan juntas una docena de especies de jóvenes pájaros; no es el amor ni la simpatía personal lo que empuja a millares de corzos, diseminados sobre un territorio tan grande como Francia, a constituir rebaños en marcha todos hacia una misma dirección, a fin de atravesar un río en un punto dado. Es un sentimiento infinitamente más amplio que el amor y la simpatía personal; es un instinto que poco a poco se ha ido desarrollando entre los animales y los hombres, en el curso de una evolución extremadamente lenta, y que ha enseñado a los animales y a los hombres la fuerza que podían hallar en la práctica del apoyo mutuo y de la ayuda recíproca, así como los placeres que podía darles la vida social.

Fácilmente será apreciada la importancia de esta distinción, por todo aquel que con algún amor se dedique al estudio de la psicología animal y aún más por los que se ocupen de la moral humana. El amor, la simpatía y el propio sacrificio desempeñan, ciertamente, un papel inmenso en el desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales. Pero, seguramente, ni en el amor ni en la simpatía se ha basado la sociedad en la humanidad: está basada en la conciencia de la solidaridad humana—aunque sólo sea al estado de instinto;—sobre el sentimiento inconsciente de la fuerza que da a cada miembro la

práctica del apoyo mutuo; sobre el sentimiento de la estrecha dependencia de la felicidad de cada uno y de la felicidad de todos, y sobre un vago sentido de justicia o de equidad, que conduce al individuo a considerar los derechos de cada otro individuo como iguales a los suyos. Sobre esta amplia base se desarrollan los sentimientos morales superiores. Pero este tema traspasa los límites de esta obra, y me limitaré aquí a indicar una conferencia, «Justicia y moralidad», que hice en respuesta al folleto de Huxley, *Ethics*, y en la que traté esta cuestión con algún detalle, y los artículos sobre la Ética, que he comenzado a publicar en la revista *Nineteenth Century*.

Llegué, pues a la convicción, de que un libro consagrado al examen del *Apoyo mutuo considerado como una ley de la Naturaleza y como factor de la evolución* podría llenar una laguna importante. Cuando en 1888 Huxley publicó su manifiesto de la lucha por la vida (*Struggle for Existence and its Bearing upon Man*), que, a mi juicio, daba una interpretación muy incorrecta de los hechos de la Naturaleza tales como los vemos en los bosques y en las malezas, púseme en relación con el director de la revista *Nineteenth Century*, pidiéndole si quería publicar una refutación metódica de las opiniones de uno de los más eminentes darwinistas. M. James Knowles recibió esta proposición con la mayor simpatía. Hablé al propio tiempo de ello con W. Bates, el gran colaborador de Darwin. «Sí, ciertamente; esto es el verdadero darwinismo—respondió.—Lo que han hecho de Darwin es abominable. Escribid esos artículos y cuando estén impresos os enviaré una carta que podréis publicar.» Desgraciadamente, estuve siete años para escribir estos artículos, y cuando se publicó el último, Bates había muerto.

Después de haber examinado la importancia del apoyo mutuo en las diferentes clases de animales, tuve que examinar el papel del mismo factor en la evolución del hombre. Era esto tanto más necesario cuanto que un cierto número de evolucionistas, que no pueden negarse a admitir la importancia de la mutua ayuda entre los animales,

se niegan, como ha hecho Herbert Spencer, a admitirla en el hombre. Sostienen que en el hombre primitivo la guerra de cada uno contra todos era *la ley* de la vida. En los capítulos consagrados a los Salvajes y a los Bárbaros, examinaré hasta qué punto esta afirmación, que ha sido demasiado complacientemente repetida, sin crítica suficiente, desde Hobbes, está confirmada por lo que sabemos de los períodos primitivos del desarrollo humano.

Después de haber examinado el número y la importancia de las instituciones de apoyo mutuo, formadas por el genio creador de las masas salvajes y salvajes a medias durante el período de los clanes y mejor durante el período siguiente de los Comunes lugareños, y después de haber comprobado la inmensa influencia que estas instituciones primitivas han ejercido sobre el desarrollo ulterior de la humanidad hasta la época actual, vime como de la mano conducido a extender mis investigaciones igualmente sobre las épocas históricas. Estudié, particularmente, este período tan interesante de las libres repúblicas urbanas de la Edad Media, de las que no se ha reconocido aún suficientemente la universalidad ni apreciado la influencia sobre nuestra civilización moderna. En fin, he intentado indicar brevemente la inmensa importancia que los instintos de apoyo mutuo, transmitidos a la humanidad por las herencias de una evolución muy larga, desempeñan aún presentemente en nuestra sociedad moderna, en esta sociedad que se pretende reposa sobre el principio de «cada uno para sí y el Estado para todos», pero que jamás lo ha realizado, ni lo realizará nunca.

Podrá objetarse a las teorías que en este libro sustentó, que tanto los animales como los hombres están en él presentados bajo un aspecto demasiado favorable; que se ha insistido sobre las cualidades sociales, mientras que sus instintos antisociales e individualistas apenas si se mencionan. Pero esto era inevitable. Tanto hemos oído hablar últimamente de «la ruda y despiada lucha por la vida» que se pretende sostiene cada animal contra todos los demás animales, cada «salvaje» contra

todos los demás «salvajes» y cada hombre civilizado contra todos sus conciudadanos—y estas aseercciones se han vuelto artículos de fe,—que era necesario, primero, oponerles una vasta serie de hechos que revelaran la vida animal y humana bajo un aspecto enteramente diferente. Era necesario indicar la importancia capital que las costumbres sociales tienen en la Naturaleza y en la evolución progresiva, tanto de las especies animales como de los seres humanos; probar que aseguran a los animales una mejor protección contra los enemigos, muy a menudo facilidades para la busca de su alimento (provisiones de invierno, emigraciones, etc.), una mayor longevidad y, por consiguiente, una mayor posibilidad de desarrollo de las facultades intelectuales; en fin, era necesario enseñar que han dado al hombre, además de estas ventajas, la posibilidad de crear las instituciones que han permitido a la humanidad triunfar en su lucha encarnizada contra la Naturaleza y progresar a despecho de todas las vicisitudes de la historia. Y esto he hecho. Por esto es un libro sobre la ley del apoyo mutuo considerado como uno de los principales factores de la evolución; pero no es un libro sobre *todos* los factores de la evolución y sobre su valor respectivo. Era necesario que este primer libro se escribiese para que fuese posible escribir el otro.

Reconozco desde luego, el papel importantísimo que la reivindicación del «yo» del individuo ha desempeñado en la evolución de la humanidad. De todos modos, este tema exige, a mi modo de ver, ser tratado mucho más a fondo de lo que lo ha sido hasta el presente. En la historia de la humanidad, la reivindicación del «yo» individual ha sido a menudo, y es constantemente, algo muy diferente, algo mucho más amplio y mucho más profundo que este «individualismo» estrecho, que esta «reivindicación personal» ininteligente y limitada que invocan un gran número de escritores. Y los individuos que han hecho la historia no han sido únicamente los que los historiadores nos han pintado como héroes. Mi intención es, pues, si las circunstancias lo permiten, examinar separadamente la parte que ha tenido la reivindi-

cación del «yo» individual en la evolución progresiva de la humanidad. Aquí no puedo hacer más que las raras observaciones siguientes de un carácter todo general. Cuando las diversas instituciones sucesivas de apoyo mutuo—la tribu, la comuna lugareña, las guildas, la ciudad de la Edad Media—comenzaron, en el curso de la historia, a perder su carácter primitivo, a ser invadidas por crecimientos parásitos y a convertirse de este modo en obstáculo al progreso, la rebeldía del individuo contra estas instituciones presentó siempre dos aspectos diferentes. Una parte de los que se sublevaban luchaban para mejorar las viejas instituciones o para elaborar una organización mejor, basada en los mismos principios de apoyo mutuo. Por ejemplo, ensayaban introducir el principio de la «compensación» en lugar de la ley del Tali6n, y más tarde el perd6n de las ofensas, o un ideal más elevado aún de igualdad ante la conciencia humana, en lugar de una «compensación» proporcional a la casta del individuo perjudicado. Pero al lado de estos esfuerzos, otros individuos se rebelaban para romper las instituciones protectoras de apoyo mutuo, sin otra intención que acrecentar sus propias riquezas y su propio deber. En esta triple lucha entre dos clases de rebeldes y los partidarios del orden establecido, es donde se revela la verdadera tragedia de la historia. Pero para trazar esta lucha y para estudiar con sinceridad el papel desempeñado en la evolución de la humanidad por cada uno de estos tres factores, se necesitarían por lo menos tantos años como he necesitado para escribir este libro.

*
* *

A partir de la aparición de mis artículos tratando del apoyo mutuo entre los animales, han sido varias las obras que sobre el mismo tema se han publicado. Entre ellas merecen especial mención, *The Lowell Lectures on the Ascent of Man*, por Henry Drummond (Londres, 1894) y *The Origin and Growth of the Moral Instinct*,

por A. Sutherland (Londres, 1898). Estos dos libros están concebidos según las grandes líneas de la obra de Büchner sobre el amor, y en el segundo de estos libros el sentimiento de la familia y de parentesco, considerado como la única influencia que obra sobre el desarrollo de los sentimientos morales, está tratado bastante largamente. Una tercera obra que trata del hombre, y construída sobre análogo plan, *The Principles of Sociology*, por el profesor F. A. Giddings, se publicó primero en New York y en Londres en 1896, y las ideas dominantes fueron ya indicadas por el autor en un folleto que vió la luz en 1894. Pero dejó a la crítica científica el cuidado de discutir los puntos de contacto y de semejanza o semejanza entre estas obras y la mía.

Varios de los capítulos de este libro, fueron publicados en la *Nineteenth Century*. (El apoyo en los animales, en Septiembre y Noviembre de 1890. El apoyo mutuo en los salvajes, Abril de 1891. El apoyo mutuo en los bárbaros, Enero de 1892. El apoyo mutuo en la ciudad de la Edad Media, Agosto y Septiembre de 1894, y El apoyo mutuo en los modernos Enero y Junio de 1896.) Recopilándolos en un volumen, mi primera intención fué reunir en un apéndice la masa de documentos, así como la discusión de varios puntos secundarios, que no hubieran estado en su sitio en artículos de revista. Pero el apéndice hubiera sido dos veces mayor que el volumen, y forzoso me fué, si no abandonar, por lo menos demorar su publicación. El apéndice del presente libro comprende la discusión de algunos puntos que han dado lugar a controversias científicas durante estos últimos años; en el texto no he intercalado más que lo preciso, sin que cambiara la estructura de la obra.

Aprovecho esta ocasión para testimoniar a M. James Knowles, director de la *Nineteenth Century*, todo mi agradecimiento, tanto por la amable hospitalidad que en su revista ofreció a estos artículos tan pronto como conoció las ideas generales, como por el permiso que ha tenido a bien darme para reproducirlos en volumen.

Bromley, Kent, 1902.

P. S.—He aprovechado la ocasión que me ofrecía la publicación de la traducción francesa para revisar cuidadosamente el texto y agregar algunos hechos al apéndice.

Enero 1906.

EL APOYO MUTUO UN FACTOR DE LA EVOLUCION

CAPITULO PRIMERO

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

La lucha por la existencia.—El apoyo mutuo, ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva.—Invertebrados.—Hormigas y abejas.—Pájaros asociaciones para la caza y la pesca.—Sociabilidad.—Protección mutua entre los pájaros pequeños.—Grullas; papagayos.

La lucha por la existencia como factor de la evolución, cuya concepción fué introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos permitió abarcar un vasto conjunto de fenómenos en una sola generalización, que bien pronto se convirtió en la base misma de nuestras especulaciones filosóficas, biológicas y sociológicas. Una inmensa variedad de hechos: adaptaciones de función y de estructura de los seres organizados a su medio; evolución fisiológica y anatómica; progreso intelectual y hasta desarrollo moral, que antes explicábamos por tantas causas diferentes, fueron reunidos por Darwin en una sola concepción general. Darwin reconoció en ella un esfuerzo continuo, una lucha contra las circunstancias adversas, para un desarrollo de los individuos, de las razas, de las especies y de las sociedades tendiendo a un máximo de plenitud, de variedad y de intensidad de vida. Tal vez, al principio, el mismo Darwin no se dió plena cuenta de la importancia ge-